

**LOS RELATOS DE VIAJEROS COMO FUENTE HISTORICA:
VISION DE CHILE Y ARGENTINA
EN CINCO VIAJEROS INGLESES (1817-1835) ***

POR

BALDOMERO ESTRADA TURRA

Universidad de Chile

Interesa en esta ocasión analizar a través del período que va de 1817 a 1835, la real dimensión del aporte histórico de los relatos de los viajeros, a fin de lograr una posibilidad de análisis comparativo. Hemos elegido como escenario las repúblicas de Argentina y Chile.

No obstante, es preciso estar alerta sobre las muchas limitaciones que tienen estas relaciones, ya que no siempre los viajeros estuvieron en nuestro país el tiempo suficiente como para considerar que sus juicios son el fruto de un conocimiento acabado de nuestra sociedad. Por otra parte, muchas de sus opiniones están influidas por las condiciones y resultados de la permanencia en Chile. A esto debemos sumar, entre otros aspectos, sus limitaciones idiomáticas, prejuicios religiosos y sobre todo las dificultades que tendrían para entender el medio, que sin duda estaba bastante distante del que les pertenecía. Obviamente, estos elementos deben ser considerados para una justa evaluación y ponderación de los juicios vertidos por los viajeros.

Habitualmente la utilización de los relatos de viajeros ha sido caracterizada por la extrema e indiscriminada autoridad que se otorga a sus juicios. Por otro lado, por lo general, se hace un uso tendencioso de sus testimonios, por cuanto se insiste en recoger aquellas opiniones más condescendientes con nuestra sociedad. Quizá este prurito por aceptar todo aquello que resulta estimulante a nuestro ego explique el que aún no se traduzca completa la obra fundamental de John Miers, caracterizada por una acerva crítica, pero

(*) Agradecemos la colaboración recibida de los profesores Reed Andrews, John Beverley, María Teresa Cobos y Harold Sims. Lo positivo del trabajo se lo debemos a ellos.

que a nuestro juicio es uno de los relatos más agudos e interesantes con que contamos (1).

El trabajo de Guillermo Feliú Cruz, es un claro ejemplo al respecto. Según Feliú, los viajeros «llevaban en el alma la influencia del romanticismo como escuela de la vida, como sentimiento, como espíritu, como manera de enfocar la existencia y como forma para comprender la realidad, iluminada por la imaginación, los pueblos de América se les representaron como la revelación del Paraíso. Por todo esto, los relatos de los viajeros están llenos de observaciones, que presentan un pretérito lleno de poesía. La vida les figuró una ilusión; el paisaje alucinante y fantástico, hábitos, costumbres, idiosincracia, los pintaron como ensueños. Románticamente cogieron un mundo extraño para ellos, haciendo de la lectura de sus libros una de las más gratas para el hombre de nuestro tiempo, y aunque se pueda encontrar en estos autores idealizaciones, el fondo de la descripción, el juicio, la opinión, la forma de interpretar, es siempre real, verídica, fidedigna» (2).

Lo menos que podemos decir frente a tal descripción es que hay una idealización desmesurada de la figura del viajero, y que tanto la caracterización de la posición que éstos adoptan frente a nuestro continente como la evolución de sus juicios son equívocos (3).

A fin de ejemplarizar tal situación quisiéramos referirnos a un aspecto, entre muchos, que avala nuestra posición. Cuando el autor se detiene en las características de los chilenos, en cuanto al traba-

(1) John MIERS, *Travels in Chile and La Plata*, New York, Ams Press, 1970, 2 vols. En Chile, los profesores Marina Coloma y Roberto Alvarez, de la Universidad de Chile (Sede Valparaíso), realizaron una traducción sobre la parte correspondiente a Chile; sin embargo no ha sido editada. La parte correspondiente a la Argentina se publicó en español en 1968 con traducción de Cristina Correa Morales, quien lamenta en J. MIERS, «Introducción», *Viaje al Mar del Plata*, Buenos Aires, Solar Hachette, 1968, p. 13: «En más de una oportunidad pude conversar con eminentes historiadores acerca de la obra de Miers, y me ha sorprendido que casi siempre se hiciera hincapié en algunos comentarios, sin duda algunos duros, para restar valor de testimonio a su libro».

(2) Guillermo FELIÚ CRUZ, *Santiago a comienzos del Siglo XIX. Crónicas de los Viajeros*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1970, p. 9.

(3) SERGIO FLORES, F. y Juan SAAVEDRA A., «El Valparaíso de O'Higgins en la observación de los Viajeros (1817-1825)», en *Revista Chilena de Historia y Geografía* (en adelante, R. Ch. de H. y G.), núm. 146, Santiago de Chile, 1978, se plantean el tema con similares características. Luego de calificar los relatos de los viajeros como «fuentes objetivas de consulta para el conocimiento histórico» hacen una apología del gobierno de O'Higgins a través de una recopilación de textos y, aunque logran configurar una interesante descripción de Valparaíso de la época estudiada, no realizan ningún juicio crítico del contenido de tales relatos.

jo, solamente recoge la opinión de Julièn Mellet, sosteniendo que a los chilenos «nada podrá reprochárseles desde el punto de vista del trabajo y de la industria, poseían las artes a la perfección» (4). Sin embargo, no menciona otras opiniones distintas al respecto, como la de S. Haig, que sostiene que la población de Santiago «por sus costumbres no sería considerada industriosa en Europa, un clima idílico, poco que hacer y la natural inclinación humana a la indolencia conspiran para que Santiago no sea ni con mucho un pueblo de trabajo» (5). Por su parte, el ciudadano sueco Carlos Bladh señala cierta desidia por parte del campesinado, y le parece que las chacras están extremadamente descuidadas. La descripción que hace de sus chozas es bastante elocuente: «No se puede ver ni un sólo rasgo de fineza ni de comodidad allende sus murallas y dentro reina la ociosidad, lo sucio y el aburrimiento» (6).

Finalmente habría que agregar los juicios de J. Miers, en relación con el campesino, a quien califica de vago y sucio, y al minero de incapaz y vicioso. Sólo el arriero recibe un buen trato, dado que considera su destreza superior a la de cualquier mulero del mundo, haciendo notar sí, que es la única cosa en la cual los chilenos demuestran habilidad.

Al fin de evitar la tendencia tradicional en el tratamiento de los trabajos en cuestión, en nuestra exposición mostraremos primeramente las percepciones de los viajeros, muchas veces discordantes, y posteriormente emitiremos nuestra opinión analizando las características que logramos encontrar en los testimonios ofrecidos.

La división temática del trabajo se basó en las materias que captaron la atención de los viajeros. Entre los autores no siempre hubo equilibrio, en la calidad y cantidad de información, en los diferentes temas. Procuramos, en todo caso, abordar los aspectos de mayor relieve e importancia, acorde a nuestros objetivos.

Hemos tratado de utilizar las primeras ediciones, o al menos reimpressiones en inglés. No obstante, ante la imposibilidad de hacerlo con todos los autores, en ocasiones utilizaremos traducciones al español. Circunstancialmente recurrimos a la opinión de otros viajeros a fin de confrontar posiciones. Para el análisis mismo, posteriores trabajos referidos al tema y con objetivos también analíticos nos han resultado de extremo valor.

(4) Cit. en Guillermo FELIÚ CRUZ, *Santiago...* [2], p. 70.

(5) Samuel HAIGH: «Viaje a Chile en la Epoca de la Independencia», en Samuel HAIGH, Alejandro CALDCLEUGH y Max RADIGUET, *Viajeros en Chile, 1817-1847*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1955, p. 35.

(6) Carlos BLADH, «La República de Chile, 1821-1828», en vol. 115, p. 380.

1. AUTORES SELECCIONADOS

Del mismo modo que para evaluar una investigación histórica es importante conocer acerca del historiador, en este caso es también muy conveniente para un mejor análisis de los relatos recoger información sobre el viajero. Tal como sostiene S. Haigh: «Cuando un lector conoce de antemano en general las ocupaciones de un autor, le comprende mucho mejor su espíritu» (7). La navegación, la actividad científica, funciones diplomáticas o religiosas y sobre todo el espíritu de empresa y la actividad comercial, son las inquietudes fundamentales que atrajeron a los viajeros a nuestras costas (8). Como señaláramos anteriormente, la calidad del relato y la predisposición del autor estarán muy relacionadas con situaciones tales como tiempo de permanencia y resultado de las gestiones que realizaron en Chile. En el caso de Miers es evidente que el fracaso de su empresa, debido a los variados problemas que tuvo que afrontar como consecuencia de la situación del período, es un elemento muy influyente en el tono pesimista y despectivo que tiene su obra hacia nuestro país. En cambio, los testimonios de Caldcleugh y Haigh denotan que su estadía en nuestro territorio les resultó muy grata y su actitud así lo revela.

Los cinco autores seleccionados (John Miers, Samuel Haigh, Alexander Caldcleugh, Joseph Andrews y Charles Darwin), lo han sido por las cualidades que reúnen y por haber visitado ambos países. Además, se refieren a un período muy importante de la historia de América Latina que, lamentablemente, no ha dejado muchos testimonios escritos sobre su transcurso (9).

Varios factores señalan al grupo elegido como bastante homogéneo: una misma nacionalidad, similar extracción social, parecidas

(7) Samuel HAIGH: *op. cit.*, [5], p. 13.

(8) Magnus MÖRNER, «European Travelogues as Sources to Latin American History from the late Eighteenth Century until 1870», en *Research Paper Series* (Stockholm Institute of Latin American Studies, mayo 1981), núm. 30, nos entrega una interesante clasificación de los viajeros de acuerdo a sus intereses y actividades.

(9) Tom JONES, *South America Rediscovered*, Minneapolis, The University of Minnesota Press, 1949, pp. 6-7. Magnus MÖRNER, *op. cit.*, [8], pp. 3-4. En general el período que concentran las obras de los viajeros elegidos se reduce fundamentalmente a los años 1818-1825, en donde cuatro de ellos visitaron el continente. Charles Darwin, es el único que se ubica en la década de 1830. En ocasiones, se encontraron por razones de intereses económicos. Sin embargo, no se advierte se produjeran mayores lazos de amistad entre ellos, y por el contrario se plantearon ciertas rivalidades y querellas, como lo manifiesta Joseph ANDRES, *Journey from Buenos Aires*, New York, Ams Press Inc., 2 vol., 1971, p. 216, vol. II, sobre su relación con A. Caldcleugh.

inquietudes económicas y/o científicas, e itinerarios semejantes. Sin embargo, hay también muchos elementos que los diferencian y que inciden en sus apreciaciones. No todos estuvieron en el mismo período en las regiones visitadas. Tampoco todos dominaban el idioma al llegar, lo cual naturalmente limita la calidad y cantidad de las observaciones durante el primer momento, que geográficamente se ubica en Argentina (10).

Hay que considerar además que todos ellos llegaron primero a la Argentina y luego se dirigieron a Chile. Es decir, quedó más próximo a su memoria, para el momento de darle a sus notas forma de relato, la imagen de Chile. Temporalmente hablando, la estadía de la mayoría de ellos, siendo los que más tiempo permanecieron en nuestro continente, fue más prolongada en Chile. Limitaciones como éstas es conveniente considerarlas a priori para la lectura del presente trabajo.

Charles Darwin, científico eminente, nos visitó en 1835, cuando sólo tenía 23 años, atraído por su inquietud vocacional de realizar estudios de historia natural en nuestro continente: «Las narraciones de Darwin en su viaje en el 'Beagle' son destacables no sólo por su importancia científica sino también por su calidad como un pintoresco e interesante diario de viaje» (11). Habría que agregar la objetividad de sus opiniones sobre los aspectos que captó de nuestro medio y sociedad. Descendiente de una acaudalada familia, heredó también una inquietud por la investigación, mantenida por la familia desde tiempo ha. Por vía paterna procedía de una estirpe que tenía a su haber tres generaciones de médicos, naturalistas, literatos e intelectuales. Su abuelo paterno fue químico y artista (12). La trascendencia de su legado hace innecesario insistir en su personalidad.

Joseph Andrews, como capitán y propietario del barco «Windham», había visitado América latina con propósitos comerciales. En 1818 vendió su nave al gobierno chileno, para que pasara a formar parte de la escuadra de la expedición libertadora del Perú. En

(10) Samuel HAIGH, *Bosquejos de Buenos Aires, Chile y Perú*, trad. de Carlos A. Aldao, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1920, confiesa, al iniciar su viaje: «En aquel tiempo apenas sabía una sílaba de español y el caballero en cuya compañía iba a ir ignoraba inglés y francés. Esto se oponía a toda sociabilidad y después de tratar en vano de hacer comprender una pregunta a mi adusto guía me di cuenta de mi situación desesperada y descubrí que mi lengua estaba condenada a un largo reposo», p. 32.

(11) F. A. KIRKPATRICK, «The Literature of Travel, 1700-1900», *The Cambridge History of English Literature*, vol. XIV, Cambridge University Press, 1964, p. 250.

(12) Agustín CUEVA, T., *Darwin, El Gigante de la Evolución*, Cuenca, Ecuador, Núcleo del Azuay y Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1960, pp. 20-21.

1825, regresó a América Latina como agente de negocios de una empresa de explotación minera, de la cual también era socio. Progresó así de navegante-comerciante a empresario. Su obra en lo geográfico, se centra fundamentalmente en la Argentina. No obstante, sus visitas a las zonas mineras de Chile y Perú, nos dejaron jugosos testimonios sobre dichas áreas. La obra de Andrews sobresale como una de las mejores escritas. A excepción de sus juicios sobre religión, más bien prejuicios, sus opiniones son bastante mesuradas y fundamentadas (13).

Por su parte, Samuel Haigh desembarcó en Buenos Aires en 1817, con 22 años. Enviado por un rico pariente a colocar una gran partida de productos ingleses, luego de diez años de actividad comercial entre Inglaterra y Latinoamérica, publicó una obra que recoge importantes acontecimientos históricos, en los cuales le cupo participar. Se movió en las más altas esferas de la sociedad y tuvo oportunidad de alternar con destacadas personalidades de la época. Su relato es ameno, con reiteradas notas de humor. Por ser uno de los primeros viajeros que llegan al continente, luego de la independencia, el contenido referido a Chile incluye importantes opiniones al respecto (14).

John Miers viajó a América atraído por las grandes expectativas mineras que le fueron reveladas en Inglaterra por diplomáticos chilenos. Realizó una fuerte inversión en maquinarias para refinar, laminar y manufacturar cobre. Llegó en 1819 a Buenos Aires, con su esposa, a la edad de 30 años. Poseía una cultura sobresaliente y ya había realizado trascendentes investigaciones en el campo de la química. Dotado de una asombrosa capacidad de observación que vuelca en su obra de modo admirable, nos entrega un voluminoso y documentado testimonio de su paso por Chile y Argentina. Su carácter, propio de un científico, se estará haciendo presente constantemente en su relato. Procura recoger todo aquello que logra captar. La botánica, la geología y la mineralogía, se manifiestan en cada instante. El fracaso de su empresa, dado los variados problemas que tuvo que enfrentar, sumado a su exigente personalidad, le otorgan a su versión un tono pesimista y peyorativo en ocasiones; sobre todo notable en sus referencias a los habitantes. Sin embargo, pese a esta circunstancia, debemos reconocer que por su capacidad de observación y por los juicios que denuncian los vicios del momento, su relato está, sin duda, entre los más destacados de

(13) Estuardo NÚÑEZ, *Los Viajeros Extranjeros y la Independencia del Perú*, Lima, 1971, pp. 41-42.

(14) *Ibidem*, pp. 42-43.

los que nos han dejado los visitantes extranjeros. Regresó a Inglaterra en 1825 para publicar al año siguiente sus impresiones. Posteriormente, desde 1826 a 1831, estuvo en Argentina. Luego pasó a Brasil, en donde permaneció hasta 1838. En ambos países instaló casas de moneda. Desarrolló valiosas investigaciones botánicas que posteriormente publicó en Inglaterra.

Alexander Caldcleugh viajó por Sudamérica en 1817, como miembro de la marina inglesa en el navío «Superb». En Río de Janeiro desembarcó, renunciando como oficial, y decidió dedicarse al comercio. Viajó por Argentina, Chile y Perú. Poseía una sólida formación cultural y pertenecía a la nobleza de Inglaterra. En su personalidad se mezclan el científico (perteneció a la Royal Society), que aflora en sus reiteradas incursiones geológicas, y el ameno comerciante aventurero. Con humor y penetrantes comentarios, entrega una vívida versión de sus experiencias y observaciones. Su presencia en el Perú en 1821, le permitió captar importantes acontecimientos previos a la entrada del ejército patriota (15).

Estos cinco viajeros ingleses nos permitirán recoger algunos rasgos de lo que fueron Chile y Argentina recién iniciada su independencia, de acuerdo a sus opiniones. Todos ellos permanecen bastante tiempo en el continente. Ch. Darwin fue quien lo hizo por un período más breve. J. Andrews no realizó un viaje muy prolongado cuando escribió su libro, pero tiene en su favor los anteriores viajes que ya lo habían familiarizado con nuestra sociedad. Andrews recogió sus impresiones entre marzo de 1825 y junio de 1826. Los otros tres viajeros estuvieron por períodos mayores que los cuatro años, lo cual les dió la posibilidad de adquirir conocimientos de la realidad muy superiores a los de la mayoría de los viajeros (16). Por otra parte, debemos señalar que destaca en todos el haber visitado regiones interiores del continente, por lo cual sus impresiones no sólo se remiten, como es lo habitual, a las capitales y puertos (17).

La convergencia de tantos elementos comunes que se advierten en estos viajeros, permitirá obtener una visión más equilibrada, como también conclusiones más sólidas en cuanto a su validez general.

(15) *Ibidem*, pp. 25-26.

(16) Este período de tiempo les permitió, sobre todo, superar el problema del idioma. M. MORNER, *op. cit.*, [8], pp. 8-9, nos señala importantes consideraciones referentes a las limitaciones que debemos considerar para la ponderación de los «travelogues» al respecto.

(17) Lo habitual fue que se refirieran a las capitales o puertos, que es en donde se concentra la mayor parte de la información descriptiva de los viajeros.

2. DESCRIPCIONES GEOGRÁFICAS

Nos parece que uno de los aspectos más notables y de mayor valía en el aporte de los viajeros, se refiere a las minuciosas y certeras descripciones que entregan. Prácticamente, a través de sus escritos y grabados es posible recrear elementos importantes de la vida material de nuestros antepasados y de los distintos paisajes. Al parecer, los ingleses, en este sentido, sobresalen por el acentuado espíritu de observación y sentido de organización, siendo capaces de «transportar» a sus apuntes todo cuanto veían.

Tanto en Argentina como en Chile se echan de menos por parte de escritores nacionales los relatos descriptivos para la época que nos preocupa. En general, el siglo XIX no es rico en testimonios costumbristas y sólo en contadas excepciones podemos aproximarnos a aquel momento. Los movimientos literarios europeos atrajeron la atención de nuestros escritores. Se buscó en el romanticismo, y en general en las inquietudes sociales emergentes en Europa, los motivos de inspiración para su producción literaria (18).

Los relatos sobre geografía, que a veces pueden resultar áridos, nos ofrecen una reconstrucción del medio ambiente, lo cual explica las formas de vida de nuestros antepasados. Las condiciones climáticas, la dimensión y forma de un ciudad, la disposición y construcción de una casa, los utensilios de uso diario, los atuendos, son sin duda elementos importantes si se les analiza en una justa medida, acorde con el contexto histórico apropiado (19).

En este sentido, la condición de científicos de Darwin, Caldclough y Miers, les permiten recoger en sus trabajos variadas descripciones materiales. Por su parte, Andrews, que andaba preocupado de encontrar apropiadas vetas mineras, no pierde ocasión para referirse a las características geológicas y a las posibilidades de explotación minera de las regiones que frecuentaba. Por lo demás, respecto a

(18) Para el caso chileno, es acentuada la fuerte orientación por parte de los escritores e intelectuales, a centrar su actividad literaria sobre temáticas europeas. Escritor que deseaba ser respetado debía usar seudónimo francés. No muy distante se encontraban las letras argentinas. Carlos REAL DE AZÚA, «Sobre Hinchliff y el valor de los Viajeros ingleses», *Marcha*, Buenos Aires, 4 de mayo de 1956, p. 22, cit. por Samuel TRIFILO, *Argentina as seen by British Travelers, 1800-1860*, Thesis D., University of Michigan, 1957, sostiene: «Los viajeros ingleses rescatan una realidad que la literatura no había rescatado, que llegó tarde para rescatar. No se trata que escribieran por lo general mejor que los almidonados próceres de nuestro siglo pasado, sino que en amplitud, en riqueza y en profundidad la visión de los viajeros es muy superior a la de sus contemporáneos».

(19) S. TRIFILO, *Argentina as seen...*, [18], p, 346.

los distintos lugares que visitó, puso especial cuidado en mantener un esquema descriptivo en que siempre recogía informaciones climáticas, demográficas y urbanas que no siempre son fáciles de conseguir. Recordemos que Andrews viajó desde Buenos Aires hacia el norte y, por lo tanto, visitó regiones que no tuvieron habitualmente forasteros.

Las observaciones sobre el clima en general hacen notar las cualidades que presenta la región. Obviamente, esto para los ingleses no resultaba difícil, debido a la diferencia que se les planteaba con el inhóspito clima británico. La región central de Chile recibió extremos elogios de parte de Darwin, como también de J. Miers (20). Por su parte, las zonas del interior de Argentina, especialmente Mendoza y Córdoba, fueron reiteradamente ponderadas por sus cualidades climáticas (21). No obstante, el puerto de Buenos Aires, a diferencia de los elogios reiterados para la provincia, fue bastante soslayado, porque no resultaba del todo grato para los ingleses, que incluso se quejaron que poseía un clima más difícil que el británico (22).

2.1. Paisaje urbano

En cuanto a las ciudades importantes y a los puertos, los viajeros en sus primeras impresiones, no tuvieron una opinión muy positiva en su visión de conjunto. En ello deben haber influido las exageraciones de algunos relatos de viajeros anteriores. También debió haber influido el hecho de que normalmente se trazaron previamente imágenes abultadas de cómo debían ser las capitales, según los cánones europeos (23).

La entrada a Buenos Aires, desde el ingreso al Río de la Plata, se anunciaba desilusionantemente. Darwin afirmaba que «El Río de

(20) Ch. DARWIN, *The Voyage of the Beagle*, New York, Everyman's Library, 1965, pp. 241-242; J. MIERS [1], vol. I, pp. 379 y 396.

(21) Para Mendoza, J. MIERS, *op. cit.*, [1], p. 153, menciona el juicio de un inglés residente, haciendo notar la eficacia del clima para sanar de las afecciones pulmonares; T. JONES, *op. cit.*, [9], p. 73, señala las positivas opiniones que sobre Córdoba vierten los viajeros británicos, William Muller y Edmon Temple.

(22) Tom JONES, *op. cit.*, [9], p. 24; A. CALDCLUGH, *Travels in South America during the Years 1819-1820-1821*, London, John Murray, 2 vols., 1825, vol. I, p. 142, refiriéndose a la provincia afirma: «Nada puede superar la calidad del clima». Nota 31.

(23) El viajero Basil Hall sostenía que «ningún viajero entró nunca a una gran ciudad sin sufrir desencantos», cit. por Estuardo NÚÑEZ, «La Literatura de Viajes y la Independencia del Perú», *Bolívar*, núms. 16-17, Lima, 1977, pp. 123-124.

la Plata aparece como un noble estuario en el mapa, pero en verdad es un asunto muy pobre. Una gran extensión de agua barrosa sin nada de grandeza ni belleza» (24). La ausencia de un muelle dificultaba considerablemente el desembarco de pasajeros y mercaderías, provocando malestar en los recién llegados. Para muchos de ellos, como J. Miers, la situación resultaba totalmente contradictoria con la información que poseían (25). Para Haigh, la forma como se debía llegar a la costa, en una desvencijada carreta tirada por caballos, «se asemejaba más a un criminal en víspera de salir de este mundo, que a un viajero a punto de entrar en una gran capital» (26).

La ciudad misma aparecía monótona por la característica regularizada del trazado urbano hispanoamericano. Darwin señala que Buenos Aires es grande y una de las más regulares del mundo (27). Por su parte J. Andrews, para abreviar sus repetidas descripciones, al referirse a Tucumán expresa que «es como muchas otras en Sud América, de forma rectangular» (28). Sobre su aspecto, Haigh, caracterizó a esa urbe como desordenada e inconclusa, y que de todo tenía menos de agradable (29). No obstante llamó su atención la actividad que pudo observar.

«Hay sin embargo en las calles de Buenos Aires más señales de actividad y bullicio que en cualquiera otra ciudad latinoamericana. Numerosos carros de mala forma, picaneados por mestizos de indio; negros y mulatos; damas en calesas, clérigo y frailes, comerciantes, militares, todos al parecer muy ocupados, contribuyen a hacer de la ciudad, lo contrario de triste y sin interés» (30).

Los juicios sobre Santiago de Chile no van a ser tan drásticos, por cuanto su vegetación le proporcionaba un agradable aspecto. Por lo demás, como ciudad al interior, no adolecía de los problemas propios de un puerto:

«Nada puede ser mas regular, hasta pintoresco, que el aspecto de Santiago. Mirando desde la gran cordillera aparece una masa de vegetación en medio del llano improductivo. El follaje oscuro de los olivos y de las higueras con los tonos mas claros de las mimosas y de los algarrobos, está tan entremezclado con las torres y las casas que el efecto es nuevo e imponente. Distinto de Paris y de otras grandes ciudades, donde cada casa tiene su jardin propio,

(24) Ch. DARWIN, *op. cit.*, [20], p. 152.

(25) J. MIERS, [1], vol. I, p. 3.

(26) S. HAIGH, [10], p. 20.

(27) Ch. DARWIN, *op. cit.*, [20], p. 114.

(28) J. ANDREWS, *op. cit.*, [9], vol. I, p. 241.

(29) S. HAIGH, *op. cit.*, [10], pp. 20-21.

(30) *Ibidem.*, p. 22.

pero en cierto modo escondido por los altos edificios que le rodean, aquí, desde una pequeña altura, visto el pueblo desde lejos, aparece sombreado por el follaje» (31).

Otros viajeros como Julián Mellet y Gilbert F. Mathison, manifiestan también opiniones favorables sobre el aspecto de la ciudad (32). Sin embargo, Gabriel Lafond de Lurcy, habla de la suciedad que la ciudad presenta a quienes vienen de Valparaíso, agregando que a primera vista, Santiago le desagradó sobremanera, haciéndolo pensar que era «una ciudad monótona en donde todo debía ser tristeza y aburrimiento» (33). La suciedad de las calles también llama la atención de J. Miers (34). Sin embargo, en general, la pinta como «una de las mejores ciudades en Sud América» (35).

Valparaíso, o el puerto de Santiago, como se le denominó durante la Colonia, normalmente defraudó a sus visitantes. Llegando desde el camino a Santiago, para F. Walpole, «pocos lugares golpean al recién llegado con una impresión tan fuerte de fealdad como Valparaíso» (36). Y aunque Darwin consideró que la vista de la ciudad desde la bahía era hermosa (37), la mayoría la encontró decepcionante (38). De aquellos que la frecuentaron por tiempo prolongado, hay quienes, como María Graham, le reconocen bastantes cualidades (39). Otros, como J. Miers, la rechazan de plano:

«El aspecto de la ciudad y la bahía para un forastero es el más sombrío que pueda concebirse, en muy corto tiempo el lugar llega a ser casi intolerable ya que al margen de los propósitos de sus habitantes, no existen entretenimientos públicos, teatro, periódicos o informaciones. En breve, a pesar de su agradable clima y tem-

(31) A. CALDCLEUGH, «Viaje a Chile en 1819, 1820 y 1821», en *Viajeros en Chile 1817-1847*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1955, p. 131.

(32) Julián MELLET, *Viajes por el Interior de la América Meridional*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1959, p. 75; Gilbert F. MATHISON, «Santiago y Valparaíso ahora un siglo», trad. J. T. Medina, en Tomo XIII, núm. 46, 1922, p. 27, de *R. Ch. de H. y G.*

(33) G. LAFOND DE LURCY, *Viaje a Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1970, p. 33.

(34) J. MIERS, *Travels...*, [1], Vol. I, p. 427.

(35) *Ibidem.*, p. 426.

(36) F. WALPOLE, *Four Years in the Pacific*, 2.ª ed., Londres, R. Bentley, 1850, vol. I, p. 58.

(37) Ch. DARWIN, *op. cit.*, [20], p. 241.

(38) S. S. Hill y William B. Stevenson, entre otros citados por Samuel TRIFILO, «Early Nineteen-Century British Travelers in Chile», en *Journal of Inter-American Studies*, vol. XI, núm. 3, 1969, pp. 417-418.

(39) María GRAHAM, *Diario de mi Residencia en Chile*, Santiago, Editorial del Pacífico, S. A., 1956.

peratura a través de todo el año, yo no conozco en todo Chile un lugar de residencia tan inconfortable y desagradable para una persona normal como Valparaíso» (40).

S. Haigh, que visitó Valparaíso por primera vez en 1811, al volver once años más tarde pudo notar con asombro sus significativos adelantos. Como un testimonio del desarrollo hace notar, seguramente exagerando, que en su primera incursión sólo residían dos ingleses, mientras que en 1822 había cerca de dos mil (41).

Arquitectónicamente, como conjunto, las ciudades no ofrecían grandes variaciones, siendo las iglesias y en general los edificios religiosos, con su elevación y solidez, los que otorgaban un elemento de variación, que rompía la monotonía. S. Haigh hace notar esta situación en Buenos Aires, con un tono de desencanto. Al parecer, su juicio no sólo está basado en consideraciones estéticas, sino también influido por prejuicios religiosos: «La ciudad vista desde la rada presenta un aspecto sombrío y monástico por sus numerosas torres y cúpulas» (42). Por su parte, J. Miers señalaba para Santiago que «todas las parroquias son estructuras pobres, pero los conventos representaban algunos de los mejores edificios de la ciudad» (43).

Otro elemento importante y característico de la mayoría de las ciudades hispanoamericanas son las alamedas. Este sector urbano estaba pensado por los españoles como lugar de recreación y de población. Eran los obligados lugares de paseo y sociabilidad de la comunidad. Una de las alamedas más elogiadas fue la de Córdoba: J. Andrews sostiene que «es el paseo más agradable que he visto en Sud América. Su forma es cuadrada con avenidas regulares de árboles y asientos de madera entre ellos. Tiene una pequeña y hermosa corriente de agua en el centro y además un lugar público en donde la gente suele ir a realizar pic-nics» (44). J. Miers, luego de conocer la alameda de Mendoza, afirma que «no existe en toda Sud América algún paseo que se compare con la alameda de Mendoza» (45). Sin duda que este elemento urbano, típico de Hispanoamérica, impresionaba a los viajeros.

Las casas se caracterizaban, especialmente en Santiago, por el gran espacio que ocupaban. Un promedio de seis casas cubrían cada manzana, y cada casa santiaguina poseía tres patios. Normal-

(40) J. MIERS, *Travels...*, [1], Vol. I, p. 449.

(41) Samuel HAIGH, [5], p. 49.

(42) S. HAIGH, *Bosquejos...*, [10], p. 20.

(43) J. MIERS, *Travels...*, [1], Vol. I, p. 432.

(44) J. ANDREWS, *op. cit.*, [9], vol. I, p. 86.

(45) J. MIERS, *Travels...*, [1], Vol. I, p. 155.

mente, las habitaciones que daban a la calle, en la zona céntrica, eran arrendadas para actividades comerciales (46). Las murallas de adobes, eran lo suficientemente gruesas como para soportar los continuos temblores. Habitualmente sólo tenían un piso, con pocas ventanas hacia la calle, sin vidrios y protegidas con barrotes (47).

En Buenos Aires, al parecer, las casas eran de menor dimensión. La descripción de J. Miers al llegar a la ciudad muestra su decepción:

«Las casas frente a la plaza las confundí con cárceles ya que las ventanas no poseían vidrios y estaban defendidas con barrotes, pero cuando entré a la ciudad advertí que todas estaban construídas de la misma forma, la mayoría de un sólo piso; su apariencia desolada y miserables exteriores dan la impresión de cárceles y no de habitaciones de un pueblo libre trabajador y civilizado» (48).

Aunque Miers, para referirse a las casas de Santiago no se muestra tan crítico, sí lo es para el análisis particular de la calidad de la construcción de los principales edificios (La Moneda, la Catedral, entre otros). En su opinión los edificios públicos de Santiago, aunque imponentes en su efecto visual, son pesados, mal proporcionados y con muchos defectos básicos de arquitectura, sobre todo aquellos de arquitectura morisca. Hace notar que son muy inferiores a los de Lima y Buenos Aires (49). Dada la inferior calidad de la arquitectura americana, advierte que no es pertinente aplicar para su evaluación los cánones europeos (50).

Comparando la fisonomía urbana de Santiago con la de Buenos Aires, podemos advertir, además del mayor tamaño que poseían las casas santiaguinas, una mayor vegetación que hacía más agradable la visión de conjunto. En ambas ciudades las casas eran de un piso. Las casas de Buenos Aires poseían una azotea, ausente en Santiago, utilizada como lugar de descanso y vida social (51).

(46) *Ibidem.*, p. 431.

(47) A. CALDCLEUGH, *Viaje a Chile...*, [31], p. 132.

(48) J. MIERS, *Travels...*, [1], vol. I, p. 5.

(49) *Ibidem.*, vol. II, p. 258.

(50) *Ibidem.*, vol. II, p. 431.

(51) A. CALDCLEUGH, *Travels in South America during the years 1819-1820-1821*, London, J. Murray, 2 vols., 1825, describe las casas de Buenos Aires: «Generalmente están cubiertas por una habitación llamada azotea y no poseen niveles superiores. Hasta hace muy poco eran construídas de barro, pero ahora se usa ladrillos y cal. Se dice que fue un jesuita el que introdujo y enseñó el nuevo sistema de construcción. Un patio se ubica en el centro de la casa conteniendo un gran estanque de agua ya que la ciudad no está bien abastecida al respecto. El agua del río es considerada nociva para la salud», vol. I, p. 140.

En este plano comparativo, al referirse a Santiago, S. Heigh señalaba:

«La extensión que ocupa no guarda relación con la que necesitaría la escasa población: cada morada ocupa una gran porción de terreno, siendo ella generalmente de un piso con un espacioso patio delante y un jardín con huerto en el fondo. Acequias como de tres pies de ancho corren por el medio de las calles, bien dotadas por el río Mapocho, lo que permite conservar las calles en un estado de limpieza muy superior a la de Buenos Aires» (52).

Darwin, más lacónico, sostiene al conocer Santiago: «De la ciudad no tengo nada que decir en particular: no es tan hermosa ni grande como Buenos Aires pero está construida bajo el mismo modelo» (53).

2.2. Paisaje rural

Las descripciones de valles, montañas y las características geológicas y botánicas de las regiones que los viajeros van atravesando son en extremo abundantes. El detalle minucioso permite una completa recreación de la ruta seguida. Nada es dejado de lado por superfluo. Sobresale en este aspecto de modo notable J. Miers, quien no pierde ocasión para referirse a las características que la geografía va presentando. Las posibilidades de abastecimiento regional, las distancias recorridas, los peligros que acechan, en fin, todo lo que pueda ser capitalizado por futuros viajeros está allí.

Uno de los relatos mejor logrados en cuanto a descripciones, es el cruce de la Cordillera de los Andes. También el cruce de las Pampas reconstruye una geografía que entrega valiosos aportes para la recreación histórica de la época. Los cultivos, las costumbres, los modos de vida, las construcciones. En general, se señala la extraordinaria pobreza material que se observaba en las áreas rurales.

J. Miers entrega detalladísima información de la forma como están construidas las casas chilenas de campesinos. De veinte pies de largo por doce de ancho, sin ventanas, utilizando como materiales lo que la vegetación proporciona. Las construyen con facilidad y sin muchas pretensiones estéticas: «Existe una simplicidad en la construcción de sus chozas que acomoda muy bien a las costumbres de la gente. Adolecen de claridad interior, con piso de tierra que

(52) S. HAIGH, *Viaje a Chile*, [5], p. 30.

(53) Ch. DARWIN, *op. cit.*, [20], p. 115.

rara vez barren, son muy sucias y corresponde a los habituales hábitos de inmundicia de sus ocupantes» (54).

Las condiciones del hábitat del campesino argentino no presenta mayores diferencias con las referidas al chileno. El paso a través de las pampas y de la cordillera revela un conjunto de antecedentes más allá de lo meramente descriptivo. Llama la atención cómo estos acomodados súbditos de la corona británica se enfrentan estoicamente a los peligros de la empresa. Las dramáticas condiciones de las postas, que supuestamente debían albergar a los viajeros, son una palmaria muestra de la situación (55). Por tratarse de zonas sin ley y revolucionarias, sumado el hecho de que estos viajeros cargaban dinero, el peligro de sus vidas era eminente.

Se advierte en la predisposición de estos viajeros lanzados a la aventura americana una constitución psíquica especial. Sin duda, se trata de individuos con capacidades excepcionales. Hijos de un imperio que se alzaba con extraordinario brío, y empujados a la conquista, los viajeros se constituyen en fieles representantes de la empresa británica del siglo XIX. Son los primeros que en mayor número llegan a Sudamérica. Sus relatos, al margen de su valor histórico o literario para América, son una típica muestra de lo que fue la Inglaterra decimonónica.

Por otra parte, lo geográfico en todas las regiones rurales, tiene una gran presencia en el ritmo de vida de los hombres. La relación hombre-geografía, por ejemplo, aparece nítida en el estilo de vida del campesinado o habitante rural en general. El tiempo tiene en dichas zonas una dimensión distinta, pese a los deseos de los viajeros. Nada es urgente, y todo puede esperar, puesto que todo está supeditado al ritmo que permitan las condiciones geográficas. Vadear un río puede significar horas como también semanas. El desasosiego del viajero frente a la parsimonia del campesino manifiesta el contraste entre dos personajes coetáneos, en distintos niveles de civilización y de tiempo.

Las descripciones de los utensilios, hábitos y accidentes geográficos se van entrelazando con lo alarmante que les parece la desidia de la población. Se proyecta la imagen de no existir mayor inquietud por procurar una mayor productividad de parte del medio, que normalmente está subexplotado. En suma, para el inglés no existe aún de parte del americano ese deseo de posesión, pertenencia y beneficio de lo geográfico.

(54) J. MIERS, *Travels...*, [1], vol. I, p. 258.

(55) S. HAIGH, *Bosquejos...*, [10], p. 33; J. MIERS, *Travels...*, [1], vol. I, p. 28, describen minuciosamente las postas, tanto en su estructura física como en todas las desagradables circunstancias por las que se rodean.

3. ASPECTOS SOCIALES

3.1. *Descripciones de los habitantes*

En este aspecto, sobre todo cuando se hace referencia a las características de la personalidad de los individuos, hay que adoptar mucha cautela. La subjetividad con que vive la situación y las circunstancias del momento deben considerarse en medida importante. Tanto las virtudes señaladas, como los vicios denunciados, en muchas ocasiones son el producto de especiales relaciones circunstanciales, que normalmente condicionan el resultado que esa relación tuvo para el viajero. Es decir, si fue bien recibido, si el momento le resultó grato, u obtuvo un beneficio a la altura de sus expectativas: si así ha ocurrido, los afectados serán tratados con benevolencia; de no ser así, las opiniones serán adversas.

El más repetido y señalado ejemplo de crítica a la sociedad latinoamericana en forma general fue J. Miers, quien lamentablemente hubo de sufrir muchos de los problemas típicos de la efervescencia política reinante. El total fracaso económico de la empresa que pretendió instalar no dejó en el ánimo del crítico viajero una muy buena disposición para referirse a los habitantes de los países visitados.

Al aludir Miers a los argentinos, en su viaje desde Buenos Aires hasta Mendoza, distribuye calificativos variados. Normalmente su relación personal fue de horas y de diálogos limitados. Egoístas, desagradecidos, desconfiados, mujeres lascivas, ignorantes, bárbaros, hipócritas, son epítetos que va diseminando a lo largo del camino que recorre. Sobre la flojera de los habitantes y algunas de sus diversiones señala:

«Toda actividad corporal por pequeña que sea, excepto montar a caballo, es mal vista por la gente de este país. Su mayor placer es estar todo el día sentado tomando el sol o entretenidos en su diversión favorita, a la cual son particularmente adictas las mujeres: sacarse unas a otras los bichos del cabello. Sin embargo es gente sana, robusta, musculosa y atlética» (56).

Agrega que «el estado de embotamiento mental» será el mayor obstáculo que enfrentará el país para su adelanto moral y político (57). Providencialmente, topó en una posta con un gaucho que,

(56) J. MIERS, *Viaje al Plata...*, [1], p. 40.

(57) *Ibidem.*, p. 41.

a su juicio, era muy honesto y de buenos modales (58). Pero, lamenta la hipocresía en las atenciones que se le prestaron que, en su opinión, siempre fueron falsas: «Todos los ejemplos de hospitalidad ofrecidos a los extranjeros, de que yo he sido objeto frecuentemente, tienen su origen en sentimientos de ostentación e hipocresía combinados» (59).

Los chilenos no escapan a la crudeza de Miers, y como les trató con mayor intimidación recibieron en definitiva calificativos más lapidarios, quedando en posición inferior a los argentinos. Justificando su decisión de viajar a la Argentina, para hacerse cargo de la instalación de una casa de moneda, anota:

«Observé que este pueblo (Argentina) por la magnitud de su educación estaba rápidamente despojándose de sus más graves prejuicios y por la experiencia positiva de muchos años de activa revolución sus habitantes habían aprendido a razonar y a juzgar por sí mismo llegando a establecer entre ellos una opinión pública que no existía en ninguna otra parte de Sud América» (60).

De la suciedad y vagancia del campesinado, y de la incapacidad y vicios del minero chileno, logra salvarse el arriero que curiosamente recibe buen trato. Califica Miers su destreza como superior a la de cualquier mulero del mundo, haciendo notar que es la única cosa en la cual los chilenos demuestran habilidad (61).

Las distintas expectativas y caracteres de S. Haig y A. Caldcleugh, en quienes es habitual el humor, hacen que su caracterización de la población sea más condescendiente. Por su parte, Andrews, que no consiguió los objetivos esperados en su empresa, no volcó su frustración en los sudamericanos, sino en el modo equivocado de operar de los capitalistas y empresarios ingleses. Ch. Darwin, por su parte, siendo muy parco, fue siempre preciso. Sus opiniones mantuvieron una objetividad admirable, quizá como testimonio de su condición de científico. En todo caso, su expedición resultó un éxito a la altura de sus propósitos, y la mayor parte de su obra se refiere a aspectos netamente ligados a la historia natural. Son escasas sus incursiones en acontecimientos contingentes.

Tanto Haigh como Caldcleugh hacen notar para Chile la afabilidad y la ausencia de corrupción en las costumbres de la clase alta. Señalan la cálida recepción que se brinda a los extranjeros. Esto se explica por la activa vida social que ambos llevaron en los círcu-

(58) *Ibidem.*, p. 82.

(59) *Ibidem.*, p. 182.

(60) *Ibidem.*, p. 286.

(61) *Ibidem.*, p. 195.

los más elevados, en los cuales gozaron de un trato preferencial (62). Haigh, al referirse a los carreteros y gauchos argentinos hace notar que son «educados y pulidos», en grado superior al advertido en las clases bajas europeas (63).

Parece existir coincidencia en el reproche que se hace a la desidia y a la falta de inquietudes por el progreso material. Obviamente, para el inglés que proviene de un escenario de competencia y provisto de un bagaje de valores éticos que le impulsan a la búsqueda del triunfo material, encontrar individuos ajenos a estos intereses tiene que haberle resultado contraproducente (64). Caldcleugh, haciendo una interesante comparación, afirma que «entre las clases altas, tanto en Buenos Aires como en Santiago, la predisposición a la indolencia no es tan grande como en España; comparativamente no se respetan mucho las horas de siesta» (65).

Difícil debió resultar a estos viajeros comprenderse con la realidad de aquel ambiente, y aunque a veces declaran no hacer uso de sus cánones europeos, la verdad es que generalmente no lo consiguen tan fácilmente.

3.2. *Estado cultural*

La belleza femenina y las limitaciones culturales son otros aspectos en los que puede advertirse cierto consenso. Los rasgos de adelanto y progreso normalmente son señalados por el grado de incorporación que se ha hecho de elementos formales de la civilización europea, especialmente de Francia e Inglaterra. El vestuario, los modales, los muebles, etc., son los índices que se consideran. Cuando se llega a hacer referencias a elementos culturales más concretos, podemos encontrar algunos datos un tanto curiosos. Por ejemplo, la referencia de Haigh a la cultura de las mujeres:

«Aunque son de rápida comprensión su educación es muy reducida; como se comprende gozan con su escasa lectura. Muy rara vez he visto en sus bibliotecas más que Don Quijote, Gil Blas, las

(62) S. HAIGH, *Viaje a Chile en la...*, [5], p. 31; A. CALDCLEUGH, *Viaje a Chile en 1819...*, [31], pp. 160-161; J. ANDREWS, *op. cit.*, [9], señala la misma actitud de deferencia hacia los extranjeros, p. 197, vol. I.

(63) S. HAIGH, *Viaje a Chile*, [5], p. 44.

(64) *Ibidem.*, p. 35.

(65) A. CALDCLEUGH, *Viaje a Chile en 1819...*, [31], p. 160, al referirse a las clases bajas de Buenos Aires, afirma que su principal deseo era evitar todo tipo de trabajo y ejercicio, y tan solo le atraía la pulpería y los juegos que no le impusieran mayor ejercicio físico.

novelas de Cervantes, Pablo y Virginia y algunos otros libros, entre los cuales nunca faltan el misal, la Historia de los mártires y algunos libros religiosos». (66).

En términos comparativos, se advierten más expectativas de desarrollo cultural en Argentina, dado sus mayores posibilidades de vinculación con el extranjero, especialmente Europa. De hecho, una literatura más variada tiene mayor difusión en Buenos Aires que en Santiago. Ocurre además que, durante la época, existió en ese aspecto una mayor preocupación por parte de las autoridades argentinas (67). En cuanto al lenguaje, parecería que, pese a las limitaciones que le ve J. Miers, en Chile se percibía mayor pureza idiomática (68).

«El idioma de los chilenos es con mucho superior en pronunciación al hablado por los españoles en la costa Este. En Santiago no se oye ninguno de los barbarismos corrientes en Buenos Aire» (69).

3.3. *Gaicho-Huaso*

La población rural normalmente, y en forma simplista, se engloba para el caso argentino en el concepto de «gaicho», y para el chileno de «huaso». Comparando ambos personajes, Ch. Darwin sostiene:

«El gaicho, aunque puede ser un cogotero, es un caballero; el huaso lo supera en pocos aspectos y se caracteriza por ser un individuo vulgar y ordinario. Los dos aunque trabajan en lo mismo son diferentes en costumbres y vestuario. Las peculiaridades de cada uno son universales en sus respectivos países. El gaicho parece formar parte de su caballo y rechaza llevar a cabo grandes esfuerzos, excepto cargar algo sobre sus hombros; el huaso puede ser contratado como labrador. El primero vive exclusivamente del consumo de carne, y el último casi completamente de verduras» (70).

(66) S. HAIGH, *Viaje a Chile*, [5], p. 36.

(67) J. MIERS, *Travels in Chile...*, [1], vol. II, p. 254 y 257; A. CALDCLEUGH, cit. por S. TRIFILO, «Buenos Aires as seen by British Travelers», *The Americas*, XV, p. 56.

(68) J. MIERS, *Travels in Chile...*, [1], vol. II, al respecto acota: «El idioma usado por los chilenos está lejos del castellano: el idioma español es uno de los más ricos en variedad de palabras, conceptos y expresiones entre las lenguas modernas; pero el hablado por los chilenos, que tan sólo hablan español, es pobre y vulgar, pronunciado nasalmente y con escasez de palabras acorde a sus limitadas ideas», p. 253.

(69) A. CALDCLEUGH, *Viaje a Chile...*, [31], p. 157.

(70) Ch. DARWIN, *op. cit.*, [20], p. 247.

A. Caldcleugh, en el mismo plano comparativo, advierte:

«Los huasos están mas adelantados que los gauchos de Buenos Aires, en cuanto a civilización se refiere y tienen los vicios inherentes a ella.

En lugar de dejarse llevar libremente por sus pasiones como los gauchos, son macucos y falsos; en los primeros puede tenerse plena confianza, mientras que, no hay que descuidarse con los huasos» (71).

3.4. Religión

Sobresale una actitud crítica hacia las prácticas religiosas llevadas a cabo por los feligreses católicos. Sin embargo, el grado de las críticas difiere mucho en intensidad. Frente a los medidos comentarios de Haigh y Caldcleugh, que incluso hacen notar algunos aspectos positivos, los realizados por J. Miers y, sobre todo, J. Andrews, son extremadamente fuertes y desmesurados. En el caso de Andrews, es el aspecto discordante en el contexto equilibrado de su obra.

Llama someramente la atención de los viajeros la gran cantidad de monjes y monjas que advierten en la población general. Se critica su improductividad tanto como el alejamiento que hacen de la sociedad (72). También se señala la abundancia que rodea la vida diaria de los sacerdotes (73). No obstante, algunos hacen positivos comentarios sobre la gestión desarrollada por los jesuitas, tanto en los adelantos culturales como en los de tipo técnico (74).

J. Miers señala que la religión en las zonas rurales prácticamente no existe, y tan solo se advierten manifestaciones de superstición, pese a que se dicen católicos (75). Le llama la atención la contradictoria conducta que lleva la población. Le parece que su disipada vida no se compadece con las formales manifestaciones de religiosidad que practican, en esto se refiere específicamente a la situa-

(71) A. CALDCLEUGH, *Viaje a Chile...* [31], p. 161. Por su parte S. HAIGH, *Bosquejo de Buenos Aires...*, [10], p. 39, entrega una detallada descripción del gaucho calificándolo como franco, libre e independiente. Hace una detenida descripción de su vestimenta.

(72) A. CALDCLEUGH, *Viaje a Chile...*, [31], p. 171; ver también S. TRIFILO, "Catholicism in Argentina as viewed by Early Nineteenth Century British Travelers», en *The Americas*, XIX, p. 270.

(73) J. MIERS, *Viaje al Plata...*, [1], p. 50.

(74) S. HAIG:, *Viaje a Chile...*, [5], p. 79.

(75) J. MIERS, *Viaje al Plata...*, [1], p. 50.

ción urbana (76). J. Miers arriba a una conclusión interesante respecto a la conducta laboral y hábitos en relación al credo religiosos

«El culto católico se preocupa muy poco por la ignorancia o la privación de las clases más bajas en lo referente a los consuelos de la religión, mientras estén satisfechas las apariencias externas; la iglesia de la reforma trata de instruir al pobre, salvaje alejado de la civilización. De aquí que las instalaciones católicas establecidas durante siglos hayan hecho escasos progresos en lo referente a la civilización. Mientras que las colonias protestantes progresan de continuo» (77).

Aunque bastante discutible históricamente, el párrafo precedente arroja un interesante testimonio ético de la posición del autor. Los principios del protestantismo se proyectan de modo activo para medir así la conducta y actitud diarias. J. Andrews no pierde ocasión para atacar todo cuanto tiene que ver con la religión católica: ella es la causa de todos los males. El atraso cultural, el escaso desarrollo político, el retraso económico, están influidos por la acción de la iglesia católica. Al contrario de lo que muchos ingleses hacen, Andrews se refiere muy ácidamente a los jesuitas, a quienes califica como secta que mezcla el conocimiento con la superstición y el despotismo. Además los culpa de «reducir el intelecto humano a una dependencia bárbara» (78). Al concluir que los habitantes de Córdoba no poseían las virtudes de la población de Tucumán y Buenos Aires, considera que la importante función religiosa que se desarrolló en la ciudad durante la Colonia explica tal situación:

«Los centros de poder civil y eclesiástico de España debían necesariamente estar entre los pueblos más ignorantes, poner todo bajo la esfera de su influencia ciega y fanática, crédula y supersticiosa, cruel y arrogante, fue siempre la ocupación de ambos. El conocimiento y la opinión libre son los más extremos de sus enemigos» (79).

La pérdida de la libertad y el retraso político que experimentan los pueblos tienen como causa fundamental la influencia que ejerce la iglesia, según Andrews (80). Sin duda el caso de Andrews es bastante exagerado; no obstante, no sería justo rechazar la crítica de los protestantes a la iglesia católica por considerarla resultado de sus prejuicios (81). Situaciones como la fuerte influencia de la igle-

(76) *Ibidem.*, p. 74.

(77) *Ibidem.*, p. 171.

(78) J. ANDREWS, *op. cit.*, [9], vol. I, p. 103.

(79) *Ibidem.*, p. 96.

(80) *Ibidem.*, p. 189.

(81) M. MORNER, *op. cit.*, [8], p. 11

sia en la sociedad y ciertas prácticas que incluyen penitencias que afectan la integridad físicas de los feligreses, no podían pasar inadvertidas a la censura de los europeos del norte. No sin razón, en ocasiones, quedaban admirados por tales excesos.

4. ASPECTOS ECONÓMICOS

4.1. Comercio

La información sobre la actividad comercial es bastante interesante por cuanto, en su mayoría, contiene referencias a situaciones en las cuales participaron. Considerando las limitaciones de la época, llama la atención el interés por interiorizarse de los aspectos económicos. Obviamente, sus intereses al respecto estimulaban esta inquietud.

La llegada de los ingleses, los primeros entre los extranjeros que vinieron a Sudamérica, se produjo desde el primer instante de la independencia (82). Fueron la colonia más numerosa y controlaron prácticamente el comercio internacional. La expulsión y huida de los españoles afectó drásticamente el poder económico del grupo de comerciantes que existía. Fundamentalmente, los criollos sólo desempeñaban actividades comerciales menores. Los ingleses, en general, vinieron a reemplazar a los españoles (83).

A través de los relatos se va advirtiendo cómo va en aumento la población extranjera y la actividad comercial. La escasa población y el bajo poder adquisitivo, pronto provocan una saturación del mercado. Se prolongaba a veces en demasía la presencia de los agentes en los lugares de transacción. Buenos Aires y Valparaíso, por su condición de puertos, fueron los más afectados por las transformaciones que acaecieron a consecuencia del desarrollo comercial. Haigh señala en 1821 el notable adelanto que había experimentado el puerto chileno, en comparación a lo que era en 1817 (84).

No obstante, en ambos países para la década de 1820 se hace notoria la incidencia de los problemas políticos existentes. Tanto la

(82) S. HAIGH fue de los primeros en llegar, y, como lo señala en la introducción de su relato, la decisión de su viaje se adoptó inmediatamente después de conocido el triunfo de los patriotas en la batalla de Chacabuco. En *Bosquejos...*, [10], p. 165, señala que en su primera visita a Valparaíso (1817), vio solamente a dos extranjeros, pero que en 1825 habían unos 4.000.

(83) J. MIERS, *Travels...*, [1], vol. II, p. 239, afirma: «La introducción de bienes extranjeros en el comercio entre Perú y Chile es en su mayoría efectuado por comerciantes nativos».

(84) S. HAIG:, *Viaje a Chile...*, [5], p. 110.

continuación de la lucha por la independencia —Expedición Libertadora al Perú— como los múltiples problemas internos de ambos países, afectaron al desarrollo integral de la actividad económica con múltiples trabas.

La fuga de capitales, secuela de la huida de los españoles; la baja de producción, fruto de las guerras de independencia; la inestabilidad del momento; los ingentes gastos militares, dejaron en mal pie la economía sudamericana. Ya superado el fragor de la batalla, en 1824 Chile tuvo un gasto en el ejército superior al total de los ingresos percibidos (85). Las revueltas, el desorden en la administración pública, en fin el desajuste político, fueron problemas muy ligados a la falencia económica.

El interés económico de los ingleses fue, en más de alguna ocasión, evidente en la ayuda que prestaron sus comerciantes a los gobiernos latinoamericanos. Fueron también los primeros en demostrar su adhesión a los nuevos gobiernos, ofreciendo suntuosas recepciones públicas a los vencedores en el campo de batalla (86). Por lo demás, muchos ingleses formaron parte de los ejércitos patriotas, teniendo destacada participación algunos de ellos (87). El temor a las habituales confiscaciones hizo, por otro lado, que muchos plutócratas de la época evitaran hacer demostraciones públicas de su poder económico, mediante transacciones significativas. Muchos, incluso ocultaron bajo tierra su capital (88).

El más rápido desarrollo interno argentino y el menor impacto de la crisis económica figuran entre los más importantes factores que produjeron un crecimiento más efectivo que el que se observó en Chile. Menos tradicionalistas en la forma de operar, más numerosos y ricos, y con una posición geográfica aventajada frente a los mercados europeos, los comerciantes argentinos fueron más ágiles en sus operaciones que sus congéneres chilenos. Estos últimos fueron latifundistas que incursionaron en el comercio, sin arriesgar demasiado (89).

(85) J. MIERS, *Travels...*, [1], v. II, p. 142; A. CALDCLEUGH, *Viaje a Chile...*, [31], p. 185.

(86) J. ANDREWS, *op. cit.*, [9], vol. I, p. 16, señala que a su llegada a Buenos Aires, se reunieron por los ingleses 25.000 dólares para efectuar un baile; S. HAIGH, *Viaje a Chile...*, [5], p. 87, refiriéndose a las celebraciones luego de la batalla de Maipu, manifiesta: «Aquello fue una sucesión de comidas y fiestas; manifestaciones todas que fueron eclipsadas por el baile y cena verdaderamente magníficos que los comerciantes británicos ofrecieron en la ocasión».

(87) S. HAIGH, *Viaje a Chile...*, [5], pp. 70, 81 y 91.

(88) *Ibidem*, p. 53.

(89) J. MIERS, *Travels...*, [1], vol. II, pp. 246-247; A. CALDCLEUGH, *Travels...*, [51], vol. I, entrega un importante antecedente sobre la diferencia en la actividad comercial entre Chile y Argentina. En 1816, en Buenos Aires se importó

Como es sabido, el reconocimiento oficial por parte de Inglaterra de la independencia de las naciones latinoamericanas se realizó sólo en 1825. No obstante, y pese a no tener en los años anteriores agentes diplomáticos oficiales que velasen por los intereses de los súbditos británicos, la presencia y activa participación de los navíos de guerra desempeñó en este sentido una actividad inusitada. En ocasiones, esta participación fue más bien una abierta intervención en los asuntos internos de los países americanos.

S. Haigh refiere en 1821 que al saberse de la captura en Lima «los ingleses tenían en esos momentos una considerable escuadrilla en Valparaíso, bajo el mando de sir Thomas Hardy. Este oficial se hallaba en Santiago, como también el honorable Orlando Bridgeman, el honorable R. C. Spencer y el capitán D. O'Brien. Es de celebrar que los oficiales de marina enviados por Inglaterra a este hasta ahora desconocido país, tuvieran condiciones tan especiales para favorecer el desarrollo de los intereses británicos, mediante su habilidad en tratar con el gobierno de Chile. En muchas ocasiones se necesitó tanta firmeza como ductilidad, a fin de evitar exacciones respecto a la propiedad de súbditos británicos» (90).

4.2. *Manufactura*

En cuanto a la manufactura, es unánime la opinión sobre el atraso observado en ambos países. J. Miers, llegando a Buenos Aires, luego de observar el carruaje que lo llevó a la playa y que no poseía ninguna pieza de hierro, sostenía que «la visión de ese primer espécimen de la manufactura sudamericana fue ominosa y depresiva» (91). Con gran dificultad en su viaje encontró un herrero, por lo demás en condiciones bastante rústicas. Sobre la situación en Chile, no advertía mayores diferencias: «No existe en todo el país un solo establecimiento que merezca el nombre de fábrica, si nosotros exceptuamos uno muy pequeño en Santiago de bolsas rústicas de cáñamo de escasa importancia, instalada por un alemán y con poco capital» (92).

desde Inglaterra bienes por valor de 388.487 libras esterlinas, y en 1817 fue de 1.116.745 libras esterlinas (p. 161). En cambio, en Valparaíso, en 1817 se importó desde Inglaterra por la suma de 32.000 libras esterlinas y en 1822 de 162.850 libras esterlinas, sin ser todo consumido allí (p. 357).

(90) S. HAIGH, *Viaje a Chile...*, [5], p. 112; Ver también p. 94; J. ANDREWS, *op. cit.*, vol. II, p. 261; J. MIERS, *Travels...*, [1], vol. II, p. 34.

(91) J. MIERS, *Viaje al Plata...*, [5], p. 21; S. HAIGH, *Bosquejos...*, [10], p. 35.

(92) J. MIERS, *Travels...*, [1], vol. II, p. 275.

Por cierto que el primitivo estado de la manufactura hispanoamericana tiene que haber resultado impactante a quienes venían desde el centro de la producción industrial de mayor desarrollo de la época. El contraste era demasiado fuerte, ya que ni siquiera podría en aquel momento hablarse de una etapa artesanal. En ese medio, la situación era bastante limitada:

«Los artesanos en Santiago son principalmente joyeros, talabarteros y herreros, pero su trabajo es muy rudo y sin gracia; sus carpinteros sólo trabajan con la hachita, y sus inmensas bisagras y candados son de una construcción que le parecería muy rara a uno que nunca hubiera trabajado mas que en los alrededores de Sheffield y de Birmingham» (93).

A. Caldcleugh, más taxativo, opina que la manufactura estaba en Chile más desarrollada entre los araucanos que entre los descendientes de los españoles. La producción era muy simple y restringida. Además los productos importados eran de calidad superior y de inferior precio, lo que a su juicio conduciría a la desaparición de la producción general (94).

4.3. Agricultura

No fueron escasos los elogios a la fertilidad que se advirtió, tanto en Chile como en Argentina, aunque a veces lamentando la falta de posibilidades de riego. No obstante, fue general la crítica a los primitivos métodos y técnicas de cultivo. Atrajo la atención de los viajeros la rusticidad de los implementos. Ningún tipo de adelanto conseguido en Europa había sido incorporado (95).

A la ya señalada desidia que observaron en el labrador, puede sumarse la justa crítica a los propietarios, no siempre dispuestos a innovar y a aumentar la producción. Falto de espíritu empresarial, preocupados de llevar una activa vida social que les irá alejando de los campos de cultivo, no tienen ninguna conciencia del importante rol que desempeña la agricultura en la economía. Sólo les preocupa producir lo suficiente para mantener su status social (96).

(93) S. HAIGH, *Viaje a Chile...* [5], p. 131; A. CALDOLEUGH, *Travels...* [51], vol. I, pp. 148-160.

(94) A. CALDOLEUGH, *Viaje a Chile...* [31], p. 153.

(95) J. MIERS, *Travels...* [1], vol. II, p. 367; S. HAIGH, *Viaje a Chile...* [5], pp. 25-46.

(96) J. MIERS, *Travels...* [1], vol. II, p. 368.

Chile, que había basado su economía en la exportación de trigo al Perú durante todo el siglo XVIII, había perdido este mercado. La falta de capitales y el temor a la inversión chocaban, por otro lado, con un mayor desarrollo de la agricultura.

La crianza de ganado en Argentina, al parecer, no colmó las expectativas de los viajeros, que esperaban una mayor bonanza al respecto. En todo caso, se percibe la importancia que la ganadería tiene en su comercialización interna y hacia el exterior. Vacunos y mulas eran vendidas en Chile y Perú. A juicio de Caldcleugh, los caballos chilenos, aunque más chicos, eran superiores a los argentinos (97).

4.4. Minería

La minería fue la actividad con la cual más íntimamente se vincularon Miers, Andrews y Caldcleugh. Por su experiencia, sus observaciones en la materia constituyen un valioso aporte.

La visión primera que esbozaron en Inglaterra los capitalistas interesados en invertir en Sudamérica era que la productividad minera americana era muy abundante. Pensaban también que la incorporación de técnicas europeas haría más fácil y rentable las operaciones.

En Argentina y en Chile se constituyeron muchas compañías inglesas atraídas por quiméricas referencias. Fuertes inversiones de capital y traslado de operarios ingleses, de los mejores, serían los medios que harían más factibles sus objetivos. Sin embargo, la realidad distaba mucho del primitivo esquema: las minas no eran tan productivas; las técnicas incorporadas no siempre eran las más apropiadas; los mineros ingleses no se habituaban a las nuevas condiciones, y los salarios y costos de mantención de estos últimos resultaban sumamente onerosos.

Caldcleugh, que tuvo intereses en la Anglo Chilean Company, sostenía que la minería en Sudamérica producía en ese momento mucho menos que durante la Colonia. Proponía que en vez de trabajar nuevas minas, era mejor dotar de maquinaria a las antiguas, para desaguarlas. Obviamente, esto suponía fuertes inversiones de capitales. Además veía un obstáculo, al menos en el caso de Chile, en la falta de garantías para seguridad de la propiedad (98).

J. Andrews, que como Miers y Caldcleugh vio frustradas sus ges-

(97) A. CALDOLEUGH, *Viaje a Chile...* [31], p. 149.

(98) *Ibidem*, pp. 151-52.

tiones e inversiones, concluía que la minería en Sudamérica era una fuente de ganancias, siempre que se llevara a cabo una buena conducción económica. Proponía comenzar invirtiendo en escala limitada, para con cautela y lentamente ir ampliándola: «La forma desmesurada como las diferentes compañías invertían sus fondos contribuyeron a distorsionar sus objetivos y forma de operar; aunque esto no alteraba el principio del oficio sin duda que provocaba sus fracasos en lo económico» (99).

Cuando J. Miers pasó por Argentina tuvo noticias de algunas compañías inglesas que estaban llevando a cabo gestiones para operar en La Rioja, en los minerales de Fatamina, uno de los más importantes. Los beneficios parecían ser elevados, dado los fondos invertidos y las garantías que obtendrían los explotadores. Sin embargo, J. Miers se mostraba muy pesimista: «Han sido tantos los obstáculos, demoras, disgustos; y es tal la mala fe de estos despreciables gobiernos, que es imposible calcular con seguridad cualquier resultado» (100). El análisis de Miers, luego de su experiencia en Chile, traduce la mayor complejidad del problema. No sólo señala un mal manejo del capital por parte de los ingleses, sino sobre todo el escaso conocimiento del medio. Hace notar además que los ingleses que no han venido a Chile incurren en un error si piensan que los mineros entienden poco de minería, pues estos son hábiles y eficientes y, aunque obtienen minerales de baja ley, lo hacen a costos bastante bajos. Por lo demás, sería imposible, según él, procurar incorporar técnicas más desarrolladas por cuanto les sería imposible entenderlas y utilizarlas (101).

El comerciante S. Haigh no pierde oportunidad para hacer referencias burlescas acerca de los proyectos mineros de sus compatriotas. Al referirse a su paso por Córdoba en 1817, señala: «En aquel tiempo algunos ingleses habían recorrido aquel camino que, en pocos meses, estaba destinado a llenarse con un ejército de comisionados, mineros y mineralogistas enviados por compañías formadas en Londres para llevarse todo el oro y plata dejados por los españoles» (102). Los sueños que se labraron al respecto fueron bastante desmesurados, como denuncia Haigh al dejar Chile en 1825:

«Los nativos, y también los ingleses allí residentes, difícilmente podían entonces comprender el sentido de aquellos proyectos magníficos que, antes de un año, abarcaron del modo mas claro. Algu-

(99) J. ANDREWS, *Op. cit.* [9], vol. II, p. 229.

(100) J. MIERS, *Viaje al Plata...* [5], p. 198.

(101) J. MIERS, *Travels...* [1], vol. II, pp. 380-381.

(102) S. HAIGH, *Bosquejos...* [10], p. 156.

nos decían que se crearía un capital flotante en el país, cuando se hiciesen más ventajosamente las remesas, tomando las letras de cambio de la Compañía, que haciéndolas como antes en dinero efectivo; otros, que el capital sería muy grande para el país y depreciaría el tipo de interés y el valor monetario; además, algunos eran también bastante ingenuos para suponer de que, trabajándose las minas con tanto talento, ciencia y maquinaria (tan contrario al método español) el oro y la plata resultarían demasiado abundantes y en realidad simple escoria» (103).

5. ASPECTOS POLÍTICOS

Los años de la década de 1820, tanto en Chile como en Argentina, en el aspecto político se caracterizaron por los continuos problemas de las luchas internas. Esto significó una precaria estabilidad política de los respectivos gobiernos. El nacimiento de las nuevas repúblicas hacía difícil no pasar por estas etapas de ajustes. Sin embargo, para los ingleses, habituados a la estabilidad política, no siempre les resultaba comprensible la situación latinoamericana. Más aún, cuando el estado de anarquía existente afectaba tan fuertemente sus intereses. Tal es el caso de J. Miers.

El hecho de ser sociedades con poca experiencia política, llevó a la mayoría de las naciones latinoamericanas a experimentar con constituciones de otros países. El mayor desarrollo y la comprobada efectividad alcanzada por esas constituciones eran su mejor aval. Pero, como se ha de comprender, difícilmente estos cuerpos legales se adaptaban a las características de estas sociedades emergentes de tres siglos de gobierno monárquico. Por ello, las frustraciones de las primeras constituciones fueron constantes. Caldcleugh, que estuvo en Chile cuando O'Higgins intentó aplicar la constitución de 1818, y que a la postre resultó un fracaso, escribía luego de un amplio análisis: «Se desprende que un país no puede adaptarse a una constitución, particularmente cuando ese país es ignorante y poco preparado. Deben pasar años y generaciones para que el pueblo pueda adquirir la aptitud política necesaria» (104).

Las leyes no se compadecían con los distintos caracteres de las sociedades. Resultaron meros trasplantes que pretendían forzar y apresurar una conciencia y madurez cívica, lo cual obviamente resultaba impracticable. J. Miers, advirtió tal situación y de allí una declaración certera: «En ninguna parte de Sud América podemos

(103) S. HAIGH, *Bosquejos...* [10], p. 165.

(104) A. CALDOLEUGH, *Viaje a Chile...* [31], p. 169.

juzgar el grado de libertad disputado por los pueblos a partir de un examen de sus leyes y constituciones» (105).

J. Andrews, a su paso por Argentina, pudo advertir el ambiente de desorden y tensión que reinaba por doquier. Con preocupación hacía notar: «Debe reconocerse que la palabra «constitución» no se le entiende o es extremadamente mal usada en algunos lugares. El estado de desorganización de algunas provincias, a pesar del caso excepcional de Buenos Aires, es evidente, y tal estado de cosas no terminará mientras el ejecutivo, continuamente influenciado por mezquinos intereses de partido, sobrepase al legislativo» (106).

A Darwin le llamó la atención el excesivo número de generales que existían en la provincia de La Plata, superior al del Reino Unido de Gran Bretaña, explicando esta situación en parte la constante predisposición para crear problemas, crear disturbios y derrocar los gobiernos que nunca alcanzaban a lograr un mínimo de estabilidad (107).

J. Miers, comparando el ambiente político de ambos países, afirmaba que, antes de poder establecer cualquier gobierno sólido en Chile, se requerían hombres de talento, patriotismo, sentimientos liberales y honestidad. A su juicio se necesitaba que el pueblo fuera enseñado cómo debía gobernarse. Sentenciaba: «Pero cuando esto suceda no puede llevarse a cabo con la misma rapidez como le hemos visto en Buenos Aires; los chilenos no poseen la vivacidad, rapidez de percepción o talento mental observado en la sociedad de Buenos Aires» (108).

La mayoría de los viajeros hicieron incursiones en algunos acontecimientos históricos, sobre todo los relativos a Chile. En general, para los sucesos anteriores a su llegada, se advierten muchos errores y confusiones. El valor de estos relatos, por consiguiente, es prácticamente nulo (109). En el caso de los hechos que se van sucediendo

(105) J. MIERS, *Travels...* [1], vol. II, p. 157; en vol. II, p. 175, se refiere a que la población en Chile no se interesa por los asuntos políticos, lo cual queda en manos de un grupo muy reducido. Este grupo, a su juicio, maneja a su absoluto arbitrio los asuntos públicos y en su propio beneficio.

(106) J. ANDREWS, *Op. cit.* [9], vol. I, p. 244.

(107) CH. DARWIN, *Op. cit.* [20], pp. 136-137.

(108) J. MIERS, *Travels...* [1], vol. II, p. 176.

(109) M. MORNER, *Op. cit.* [8], sostiene: «Normalmente aquellos relatos sobre revoluciones u otros acontecimientos políticos ocurridos antes de la visita de los autores simplemente pueden ser desechados por los historiadores», p. 31. Los errores que se advierten sobre hechos históricos son bastante notorios y abundantes. Podemos señalar como ejemplos los siguientes: J. MIERS, *Travels...* [1], vol. II, p. 14, hace una descripción del general español R. Marotto que, sin duda, es una confusión con Casimiro Marcó del Pont, dado el cargo y características que le asigna. «El Presidente Maroto era un

en los momentos en que ellos se encuentran en nuestro continente, y por lo tanto poseen mayor información, sus aportes son bastante parciales. Se advierte mucha influencia de parte de los informantes, los cuales en cierto modo transmiten sus juicios a través de los viajeros, quienes no tienen mayor familiaridad con los hechos y se encuentran circunstancialmente en el escenario, pero bastante alejados de los acontecimientos (110).

Una excepción a lo anterior la constituye S. Haigh, a quien le cupo a su llegada a Chile una participación más activa. Específicamente estuvo vinculado a los acontecimientos en torno a la batalla de Maipo. Su relato en esta parte se agiliza, y posee un real interés la información y descripción que entrega. Fue uno de los primeros que regresó a Santiago con la noticia de la victoria de los patriotas, portando un mensaje para B. O'Higgins (111).

Como todos se movieron en las altas esferas sociales del continente, pudieron conocer y, en ocasiones, intimar con muchos de los personajes político-militares de la época. En muchos casos influye en sus opiniones el tipo de relación que tuvieron con ellos. J. Miers, que llegó a Chile en parte a instancias de lord Cochrane, a través de todo su relato no cesa de elogiarle y defender sus actividades y decisiones. A San Martín, a quien conoció y con quien pudo alternar en varias ocasiones, lo trata con conceptos muy positivos, salvo cuando alude a los problemas que tuvo con Cochrane. En tales ocasiones, San Martín aparece como intrigante, indeciso, irresponsable, etc. En cambio, la honestidad, valor y patriotismo de Cochrane es fuertemente realzado (112). En general, el marino británico tuvo un excelente trato de parte de sus connacionales (113).

También O'Higgins, el libertador de Chile, educado en Inglaterra

español de poca valentía personal y de ningún talento político; su posición se explica por alianzas e influencias familiares, era afeminado y débil»; el mismo Miers incurre en una serie de errores en los nombres propios y en la toponimia, lo cual se explica por el desconocimiento cabal del idioma; confunde cunches por picunches, callacalla por calle-calle, manzanera por manquera, etc.; A. CALDCLEUGH, *Viaje a Chile...* [31], p. 184, refiere que el general patriota J. Mackenna cayó en un duelo frente a José Miguel Carrera, a pesar de que su rival fue Luis Carrera.

(110) M. MORNER, *Op. cit.* [8], pp. 32-33; J. ANDREWS, *Op. cit.* [9], vol. II, p. 256, refiere que su narración sobre los acontecimientos chilenos los basó fundamentalmente en lo que le informó B. O'Higgins.

(111) S. HAIGH, *Viaje a Chile...* [5], p. 77.

(112) J. MIERS, *Travels...* [1], vol. II, en p. 41, se refiere elogiosamente a Cochrane; p. 29, hace lo mismo con San Martín; p. 47, defiende posición de Cochrane frente a disputa con San Martín; pp. 65, 77, 80, 82, hace alusión a los errores y defectos de San Martín.

(113) A. CALDCLEUGH, *Viaje a Chile...* [31], p. 174; J. ANDREWS, *Op. cit.* [9], vol. II, p. 269.

y gran admirador de esa nación, goza en los relatos de los viajeros de elogiosas referencias a su persona y acciones. Lo contrario ocurre con sus opositores, los hermanos Carrera, a los cuales se ataca reiteradamente (114).

Descripciones de Bolívar, San Martín, Sucre, como de personajes de menor figuración, se encuentran también con frecuencia. Habría que señalar, finalmente, las descripciones que los viajeros realizaron de estas personalidades: «Aunque generalmente superficiales sus retratos son a veces novedosos, poco convencionales y vivos» (115).

6. ANÁLISIS DE LAS CARACTERÍSTICAS DE LOS RELATOS

Además del conocimiento individual de cada uno de los autores, consideramos importante detenernos en el análisis de la situación de la sociedad a que pertenecen estos viajeros, ya que es indiscutible que este supuesto habrá de entregarnos valiosos antecedentes para una mejor comprensión de sus juicios. La actitud eurocéntrica imperante, que tan nítidamente manifiestan los viajeros, impone a toda la humanidad su propia imagen, sus propias aspiraciones, convenciones y valores.

Por otra parte, y como ya se había manifestado en los siglos anteriores, los europeos veían con demasiada frecuencia lo que querían ver. La necesidad innata de apoyarse en objetos familiares y en imágenes-tipo, para adaptarse a lo desconocido y diferente, explica la constante comparación y referencia a objetos y circunstancias europeas. En el caso de los ingleses, esta conducta es aún más marcada, manifestándose en una suerte de anglocentrismo. En cierto modo, así se evidencia en el malestar que muestra Miers ante la ignorancia que advierte en los chilenos acerca de Inglaterra, con ocasión de entrar a un café público de Mendoza con su esposa, donde no se les prestó atención por parte de los concurrentes, más atentos en seguir el juego que practicaban (116). Por su parte, Caldcleugh al referirse a las señoras chilenas sostiene

(114) J. MIERS, *Travels...* [1], vol. II, p. 6; S. HAIGH, *Viaje a Chile...* [5], p. 41.

(115) M. MORNER, *Op. cit.* [8], p. 28.

(116) J. MIERS, *Viaje al Plata...* [1], sostiene: «La presencia de dos extraños no llamó su atención, pues cada uno estaba tan intensamente preocupado con la jugada que no advertía cosa alguna. Podría suponerse que la presencia de una señora inglesa debiera haber despertado alguna curiosidad o atención», p. 124.

que éstas «en medio de una ingenuidad infantil son muy inteligentes y tienen además otros grandes merecimientos, que exceptuando a Inglaterra no los alcanzan en otros países» (117). En este contexto, es perceptible que las crónicas de viajeros arrojen datos de interés sobre la sociedad europea en cuanto a las ideas, actitudes y prejuicios que formaban su bagaje mental.

A pesar de desempeñar los viajeros distintos oficios, está claro su pertenencia a una clase social común. Podríamos ubicarlos dentro de la burguesía post-revolución industrial, creyente en el capitalismo, la empresa privada competitiva, la tecnología, la ciencia y la razón (118). De ideología liberal y amantes del progreso, sus concepciones religiosas se compatibilizan y estimulan con sus ambiciones materiales. «El cumplimiento a conciencia de las obligaciones del oficio es, al mismo tiempo, prueba y resultado de la virtud cristiana... Las cualidades para triunfar en el comercio —sobriedad, frugalidad, economía— eran también virtudes de un buen cristiano» (119). En opinión de Bladh, entre las razones del rechazo que existía por parte de los religiosos católicos hacia los extranjeros, estaba la envidia por el éxito material que éstos obtenían: «Tanto los curas como los monjes tienen un odio implacable a los extranjeros en general, pero sobre todo a los protestantes. Estos sentimientos eran compartidos por parte de los legos, tanto por envidia a la cultura y la educación de los extranjeros que generalmente estaba por encima de la de los chilenos, como por la ira a causa que el extranjero a veces ganaba debido a especulaciones y empresas industriales en el país más que ellos mismos» (120). Miers hace notar que mientras en las colonias protestantes el progreso es continuo, en las regiones bajo la Iglesia Católica la civilización es muy limitada y la población se encuentra sumida en la ignorancia (121).

En suma, esta burguesía expresa la concepción de sentirse una clase superior que permite vislumbrar el darwinismo social de fines del siglo XIX, como también el despliegue de energía que Europa y, sobre todo Inglaterra, comenzará a proyectar en su gestión imperialista. El interés económico, motor fundamental de la presencia en América del Sur de la mayoría de los viajeros, queda de manifiesto a través de sus crónicas. La valoración económica y la óptica utili-

(117) A. CALDCLEUGH, *Viaje a Chile en 1819* [31], p. 161.

(118) Eric J. HOBBSBAWN, *La Era del Capitalismo* (Barcelona: Editorial Guadarrama, 1977), vol. II, p. 113.

(119) *Ibidem*.

(120) Carlos E. BLADH, "La República de Chile", *R. Ch. de H. y G.*, vol. 115, p. 402.

(121) J. MIERS, *Viaje al Plata...* [1], p. 171.

taria es ahí una constante. La llegada de los ingleses, los primeros entre los extranjeros, se produjo desde el primer instante de la independencia. Fueron la colonia más numerosa y prácticamente controlaron el comercio internacional. Haigh, que fue uno de los primeros en llegar, señala que la decisión de su viaje se adoptó inmediatamente después de conocido el triunfo de los patriotas en la batalla de Chacabuco (122). Justamente, el gran interés que existía en Inglaterra por invertir en América Latina estimuló la proliferación de relatos informativo-descriptivos sobre el continente (123).

Habría que aclarar, en descargo de los autores, que esos trabajos se publicaron para informar al público europeo, y se escribieron por el gran interés que existía de saber de América Latina. Los autores sólo quisieron relatar lo que ellos observaban. Haigh sostiene que su obra trata fundamentalmente de un relato personal, resultante de las observaciones que realizó (124). Por su parte, Joseph Andrews aclara que sus objetivos eran de tipo comercial y su viaje fue muy rápido; por consiguiente, sus observaciones las considera triviales y ocasionales, y hace notar esta situación para no ser acusado de llevar un relato discontinuo (125).

Los propios viajeros son los primeros en criticar estos trabajos, y Miers afirma al desembarcar en Buenos Aires que su impresión está en total discordancia con las descripciones grandilocuentes escritas por anteriores visitantes (126). Caldcleugh a su vez, luego de su regreso a Chile y después de haber ya sido editado su libro, se mostraba arrepentido de haberlo publicado por hallarlo muy superficial (127). Es decir, ellos mismos nos han advertido de sus limitaciones. Es evidente que la extrema validez que se concede a la voz del extranjero es una de las facetas que permite percibir de algún modo nuestro estado de dependencia cultural, manifiesto ya en el período que nos preocupa. Refiriéndose S. Haigh a los habitantes de Santiago, hace notar que «son preferentemente atentos con los extranjeros, tanto que no era fuera de lo común detuvieran en la calle, en la puerta o ventana de alguna casa para invitarle y darle hospitalaria acogida» (128).

Podemos sostener que es mayoritaria la opinión acerca del buen

(122) S. HAIGH, *Viajeros en Chile...* [5], p. 14.

(123) Tom JONES, *Op. cit.* [9], pp. 4-5.

(124) Samuel HAIGH, *Viajeros en Chile...* [5], p. 13.

(125) Joseph ANDREWS, *Op. cit.* [9], p. 85.

(126) J. MIERS, *Travels in Chile...* [1], vol. I, p. 3.

(127) Ricardo DONOSO, «Alexander Caldcleugh», en *R. Ch. de H. y G.*, volumen 133, p. 173.

(128) S. HAIGH, *Viajeros en Chile...* [5], pp. 31-32.

trato y la cálida recepción que se brinda a los extranjeros. La avidez por aproximarse a lo europeo, después de tres siglos de enclaustramiento colonial, era visto como sinónimo de civilización y cultura. Además de la fuerte influencia ideológica europea que se produjo desde el primer momento, también la vida y los hábitos, especialmente de la plutocracia, se vieron fuertemente afectados.

La evolución económica chilena fue incrementando la riqueza de la aristocracia tradicional y fue también formando nuevos ricos. Sobre todo, estos últimos fueron los más entusiastas en incorporarse a los estilos de vida europeos. Los viajes a París, y la adquisición de cuanto objeto procedía de Francia, les permitieron transferir la formalidad del inasible e incomprensible contenido cultural europeo. Sastres, cocineros, cocheros, arquitectos, profesores de idiomas, entre otros, llegaron a dar prestigio social y a estimular la competencia por el afrancesamiento en los sectores pudientes de Chile. Las remozadas casonas santiaguinas, con fachadas de arquitectura moderna, son el mejor símbolo. El culto al eurocentrismo tenía los mejores adherentes en Chile.

Un ambiente tan propicio para el europeo, le hizo fácil adecuar la situación a sus objetivos. Comercialmente incentivó y satisfizo las «necesidades» del hispanoamericano, y su presencia siempre se consideró como indicador de prestigio y solvencia en la actividad mercantil. Además, su mejor preparación le permitió siempre ocupar posiciones expectables en las funciones que desempeñaba. La predisposición era por consiguiente excelente. En cada europeo llegaba un profeta y en cada producto importado la garantía de calidad.

Curiosamente, los mismos viajeros hacen notar el efecto nocivo que estaba significando la influencia europea. Para C. Bladh, salvo la mayor tolerancia religiosa que se advertía en Valparaíso, el balance resultante de la presencia extranjera no era por cierto positivo:

«Las costumbres extranjeras habían reemplazado en parte la hospitalidad y cordialidad tradicional que se conserva en las ciudades y regiones de Chile que han tenido menos contacto con el extranjero. Aquí (en Valparaíso) las visitas son más formales, la recepción y la vida social más reservadas. Los habitantes del Puerto habían aceptado en general las maneras y modas extranjeras por lo cual ellos eran considerados por los demás chilenos con una especie de desconfianza y titulados con el sobrenombre de 'porteños' a lo cual se agregaba a menudo el epíteto de 'pintor' para denotar su superficialidad» (129).

(129) Carlos E. BLADH, *Op. cit.* [120], *R. Ce. de E. y G.*, vol. 115, p. 368.

7. CONCLUSIONES

Nos parece que una de las vetas más notables y de mayor validez en el aporte de los viajeros se refiere a las minuciosas y ciertas descripciones que entregan. A través de sus escritos y grabados es posible recrear elementos importantes de la vida material de nuestros antepasados y de sus paisajes (130).

El extranjero ve con más clara visión las cosas autóctonas, por la novedad y el exotismo que representan (131). Los viajeros suelen observar en un ambiente determinado lo que no alcanzan a percibir quienes se hallan insertos en él, por cuanto todo lo que rodea a éstos es parte de su medio, son cosas naturales, sabidas de todos, de modo que no llaman la atención del observador nacional (132).

La sobresaliente capacidad de observación, que caracterizó a los viajeros, permite conocer aspectos muy relevantes de la vida decimonónica: el medio geográfico, el vestuario, las construcciones, los utensilios, etc., son reconstruidas y revitalizadas en los relatos.

Además, los particulares intereses económicos de los visitantes permiten encontrar antecedentes destacados sobre el estado económico del país, sobre todo en los aspectos y acontecimientos particulares con los cuales se involucraron. Su aporte en esta materia se enriquece al posibilitarse su uso confrontado y compulsado con otras fuentes, y dentro de un contexto histórico conocido. Sin embargo, las incursiones en los acontecimientos históricos chilenos realizados por estos escritores no constituyen un acierto. Igualmente, la subjetividad y las limitaciones señaladas sobre su reducida permanencia, escaso dominio del idioma, desconocimiento del medio, prejuicios ideológicos, religiosos o sociales, son elementos que no podemos soslayar cuando recogemos las opiniones que emiten sobre las personas y la población en general (133).

En suma, el testimonio del viajero no puede ser definitivo ni concluyente, y debe estar siempre tutelado por la crítica históri-

(130) Cristina CORREA, *Op. cit.* [1], sostiene que: «La importancia de los relatos de los viajeros cuyo valor literario no es el principal consiste en que suministran una serie de datos, por lo general de gran utilidad, para comprender lo que se está perdiendo irremisiblemente en el tiempo», p. 7.

(131) José Luis BUSANICHE, *Lectura de Historia Argentina: Relatos de Contemporáneos, 1527-1870* (Buenos Aires, 1938), cit. por S. Trifilo, *Argentina as seen...*, p. 34 [18].

(132) S. TRIFILO, *Argentina as seen...* [18], p. 346.

(133) Eugenio PEREIRA SALAS, *Introducción*, en Carlos E. Bladh [120], sostiene que los libros de viajes, género delicioso pero a veces falaz, debe ser leído con beneficio de inventario, lo que hace necesario una crítica interna y externa con los documentos coetáneos al período en cuestión, p. 356.

ca (134). Su valoración debe ser ponderada, conforme a muchísimas circunstancias. El historiador debe seleccionar aquellos elementos que muchas veces pueden enriquecerle como testimonios ágiles del análisis histórico, como también deberá desechar aquellos otros elementos cargados de subjetividad y frutos de juicios ligeros.

Los relatos de viajeros constituyen fuentes cuyo valor es dependiente, pero siempre permiten enriquecer y ejemplarizar aquellos acontecimientos verificados en documentos veraces y confiables.

(134) Estuardo NUÑEZ [13], p. 12.